

*Basilio de Cesarea. El Espíritu Santo.* Introducción y notas de G. Azzali Bernardelli. Traducción del texto griego y notas de A. Velasco Delgado. Biblioteca de Patrística, 32 (Madrid: Editorial Ciudad Nueva 1996 ) 273 pp.

La Introducción (pp. 5-90) presenta el tratado *sobre el Espíritu Santo* como un testamento espiritual del Maestro capadocio y, para comprender su complejidad, tiene presente primero cómo se ha ido plasmando la poliédrica personalidad del autor, presentando su biografía.

Trata luego, bajo el epígrafe un tanto confuso, «El clima y el ambiente» de la ocasión y fecha, el punto sobre la cuestión pneumatológica, la progresiva preparación de Basilio.

En tercer lugar, de las fuentes y la estructura del Tratado: Basilio ahondó la reflexión sobre el Espíritu Santo fundándose más exhaustivamente sobre la Escritura y la tradición, una y otra patrimonio y expresión de la fe comunitaria. A veces la tradición puede ser la fuente única, como en el caso de la profesión de fe bautismal con la preposición «con» (*syn*). La tradición de los Padres, sin embargo, debe estar en conformidad con la Escritura, y la Escritura se interpreta mejor de acuerdo con la tradición. El bautismo presenta el nudo ejemplar de la irrompible unidad de la Escritura y la tradición en la fórmula de Mt 28, 19, y en las fórmulas de la profesión de fe y de la doxología. En el tratado se entrelazan la línea polémica de refutación de los herejes, la línea doctrinal que se expresa en la búsqueda y profundización de la verdad y la línea pastoral, que mira a edificar a los fieles. Sigue una presentación panorámica de la estructura del tratado y sus contenidos.

El cuarto apartado queda dedicado a la teología del Espíritu Santo. Desarrolla los puntos siguientes: 1. La esencia divina del Espíritu Santo. La irrompible unidad con el Padre y con el Hijo; 2. El Espíritu Santo en el misterio de la unidad-trinidad divina. Su procesión del Padre por medio del Hijo (se apoya aquí en XVIII 45); 3. El Espíritu Santo es partícipe de la gloria del Padre y del Hijo.

El quinto, «El cristiano vive en el Espíritu», se detiene en el poder santificador y deificante del Espíritu, la experiencia del Espíritu (bautismo, familiaridad con Dios, inhabitación, contemplación, «apocatástasis» y restitución de la semejanza con Dios y participación de la gloria divina).